

## ESCUELA SABÁTICA | LOS TRES MENSAJES CÓSMICOS

### LECCIÓN 13: ENCENDIDOS CON LA GLORIA DE DIOS

En los últimos capítulos de la historia de este mundo, el apóstol Juan observa “otro ángel descender del cielo con gran poder”, de tal manera que “la tierra fue alumbrada con su gloria” (Apocalipsis 18:1). La mensajera del Señor afirma que esta maravillosa escena ocurre “durante la proclamación del mensaje del tercer ángel” (*Maranata: el Señor viene*, 224). Por lo tanto, no cabe duda de que el ángel poderoso de Apocalipsis 18 representa el fuerte clamor del tercer ángel que anuncia la victoria del evangelio de Cristo y la bancarrota definitiva de Babilonia. ¿Recuerdas cuál es el punto neurálgico del mensaje del tercer ángel? Elena de White afirma que “el mensaje de la justificación por la fe... es el mensaje del tercer ángel en verdad” (*1 Mensajes selectos*, 437). Esto significa que la justicia de Cristo es el mensaje que habrá de viralizarse y proclamarse con fuerza hasta llegar a los confines de la tierra. De hecho, la inspiración lo establece así. Veamos: “El mensaje de la justicia de Cristo resonará de un extremo de la tierra hasta el otro para preparar el camino del Señor. La gloria de Dios es la que termina la obra del tercer ángel” (*6 Testimonios para la iglesia*, 27).

¿Qué significa la gloria con la que el ángel poderoso de Apocalipsis 18:1 alumbrará la tierra? Tal y como hemos visto anteriormente, “la gloria de Dios es su carácter” (*Reflejemos a Jesús*, 206). La gloria de Dios no es una luz eneguedora o su belleza estética, sino la belleza que emana de su perfecto y simétrico carácter, el cual se distingue por los atributos de la bondad, misericordia y clemencia (Éxodo 33:18-19). A lo largo de la historia de este mundo, Satanás ha desvirtuado el carácter de Dios, anegando la tierra con tinieblas espirituales. El diablo “mintió acerca del carácter de Dios, a fin de inducirlos a albergar un falso concepto de él. Les presentó al Creador como revestido de los atributos del propio príncipe del mal —arbitrario, severo, inexorable—, a fin de que le temiesen, rehuyesen, y hasta odiasen” (*5 Testimonios para la iglesia*, 689). Para llevar a cabo esa fatídica tarea, Satanás usó la hegemonía medieval del poder papal (la bestia del mar) y la influencia de la Francia revolucionaria del siglo XVIII (la bestia del abismo). Fue a través de estos dos poderes, que el mundo emprendió un tortuoso peregrinaje del frío legalismo religioso al burdo ateísmo intelectual cuya deidad única era la razón. Pero el cielo no se quedaría de brazos cruzados contemplando como el amor divino era mancillado; es por esa razón, que al final de la historia se manifestará un despliegue poderoso del evangelio de la gracia cual nunca antes se haya visto, para que toda criatura pueda tener una nítida vislumbre de la hermosura del carácter de Dios. El salmista David lo profetizó así: “Los cielos declaran su justicia; todas las naciones contemplan su gloria” (Salmo 97:6). Por su parte, Habacuc lo expresó de la siguiente manera: “La tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Habacuc 2:14).

La inspiración afirma que a través del mensaje del tercer ángel, “el carácter de Dios en Cristo debe manifestarse al mundo” (*6 Testimonios para la iglesia*, 27). Eso significa que esta predicación poderosa que iluminará el planeta, no sólo es la comunicación de un

mensaje glorioso, sino también una experiencia transformadora para todo aquel que recibe las buenas nuevas del evangelio. Es decir, el pueblo de Dios, motivado por la atracción de su amor, será un reflejo vivo y completo del carácter de Cristo. El poder de la gracia divina levantará una generación de hombres, jóvenes y niños que serán usados como vehículos eficaces para vindicar el nombre de Dios y dejar en evidencia que las acusaciones de Satanás no tienen fundamento. El enemigo “había declarado que ningún hombre podía guardar la ley de Dios después de la desobediencia de Adán... afirmaba que toda la raza humana estaba bajo su dominio” (3 *Mensajes selectos*, 153). Sin embargo, Dios mostrará que donde “el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Romanos 5:20) y que por “la sangre del pacto eterno”, Él tiene el poder de hacernos “aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo” (Hebreos 12:20-21).

Este poderoso mensaje que trajo consigo los aguaceros de lluvia tardía para madurar al pueblo de Dios, fue revelado en aquel histórico congreso de la Asociación General celebrado en Minneapolis durante el mes de octubre de 1888. Elena de White escribió lo siguiente sobre ese importante evento: “En su gran misericordia el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones. Este mensaje tenía que presentar en forma más destacada ante el mundo al sublime Salvador, el sacrificio por los pecados del mundo entero. Presentaba la justificación por la fe en el Garante; invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios. Muchos habían perdido de vista a Jesús. Necesitaban dirigir sus ojos a su divina persona, a sus méritos, a su amor inalterable por la familia humana. Todo el poder es colocado en sus manos, y él puede dispensar ricos dones a los hombres, impartiendo el inapreciable don de su propia justicia al desvalido agente humano. Este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu” (*Testimonios para los ministros*, 91).

Cada vez que leo esta extraordinaria cita, es inevitable que mi corazón vibre de emoción al contemplar los encantos incomparables y el poder que brotan de la justicia Cristo; y a la vez me planteo las siguientes preguntas: ¿Qué adventista del séptimo día podría ignorar la transcendencia de este mensaje o tildarlo de falso cuando fue el mismo Dios quien envió ese “preciosísimo mensaje a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones”? ¿Qué adventista del séptimo día podría negar que Cristo, “el sacrificio por los pecados del mundo entero”, ya ha efectuado en la cruz algo en favor de todo ser humano? ¿Qué adventista del séptimo día se atrevería a etiquetar este mensaje de “gracia barata” cuando “la justicia de Cristo... se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios”? ¿Qué adventista del séptimo día osaría perder su tiempo predicando excitación, fanatismo y teorías áridas, cuando “la justificación por la fe en el Garante... es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo”? ¿Qué adventista del séptimo día podría negar que “el fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo”? (1 *Mensajes Selectos*, 425; escrito en noviembre de 1892)

Lastimosamente, a pesar de la belleza y claridad de este mensaje, la inspiración nos dice que “en las iglesias [adventistas del séptimo día] habrá una manifestación maravillosa del poder de Dios, pero no obrará en favor de aquellos que no se han humillado ante el Señor ni abierto la puerta del corazón mediante la confesión y el arrepentimiento. En la manifestación de ese poder que ilumina la tierra con la gloria de Dios, solo verán algo que en su ceguera considerarán peligroso, algo que despertará sus temores, y se afirmarán para resistirlo. Debido a que el Señor no actúa de acuerdo con sus ideas y expectativas, se opondrán a la obra. ‘¿Por qué —dicen— no debiéramos nosotros conocer al Espíritu de Dios, cuando hemos estado en la obra por tantos años?’” (*The Review and Herald*, 23/12/1890). Será una profunda pena y tristeza que “el mensaje del tercer ángel no será comprendido por aquellos que se niegan a caminar en su gloria creciente, y los tales llamarán una luz falsa a la luz que iluminará la tierra con su gloria” (*The Review and Herald*, 27/05/1890). Sin embargo, una situación tal no debería sorprendernos o extrañarnos, pues esto mismo ocurrió cuando el mensaje fue presentado a nuestro pueblo en 1888 y años subsiguientes. Es más, esa fue también la reacción de los judíos cuando Cristo, el mensaje encarnado, fue enviado a ellos: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11).

Ha llegado la hora de comprar “oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas” (Apocalipsis 3:18). Quizás te preguntes: ¿cuál es el precio de estos preciosos enseres? Es nuestro ego, mi querido hermano; ese ego que se ha enquistado en lo más profundo de nuestro corazón y ha adoptado una apariencia de piedad y religión. Cristo no quiere que compres estos implementos con tus propias obras; al contrario, él quiere que te despojes de tus méritos para que sean abatidos en el polvo, y así vestirte con su perfecta justicia. Desde hace más de un siglo, el Señor, en su misericordia, ha estado esperando una respuesta favorable por parte de su pueblo. “Despierta, despierta, vístete de poder, oh Sion; vístete tu ropa hermosa, oh Jerusalén, ciudad santa” (Isaías 52:1).

Muy pronto, más de lo que imaginas, toda la tierra escuchará las buenas nuevas del amor de Cristo. El reino de las tinieblas tiene sus días contados. Satanás “no quiere que esta verdad sea presentada claramente, porque sabe que si el pueblo la recibe plenamente, su poder será quebrantado” (*The Review and Herald*, 03/09/1889). Los planes del maligno serán desbaratados y Dios cumplirá la promesa de llenar toda la tierra con su gloria. Nada ni nadie frustrará ese propósito: “Mas tan ciertamente como vivo yo, y mi gloria llena toda la tierra” (Números 14:21).

Al final del conflicto existirá un pueblo que solamente por gracia habrá “alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre” (Apocalipsis 15:2), un pueblo que vivirá por “la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12), un pueblo que será por siempre un reflejo de su gloria. Yo quiero ser parte de ese pueblo. ¿Es tu deseo también? Si es así, “levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti” (Isaías 60:1). Nuestro Padre “está deseoso de manifestar gracia a su pueblo, de darle un conocimiento adicional de su carácter paternal, de su bondad,

misericordia y amor. Está aguardando para mostrarle su gloria; y si prosiguen conociendo al Señor, sabrán que sus salidas están dispuestas como la aurora” (*The Review and Herald*, 01/08/1893). Vayamos ahora “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16) y digámosle a Dios con todo el corazón: “¡SEÑOR MUÉSTRANOS TU GLORIA!”

Autor: Oscar Pacheco



<https://www.facebook.com/photo?fbid=789060189328504&set=a.590705622497296>